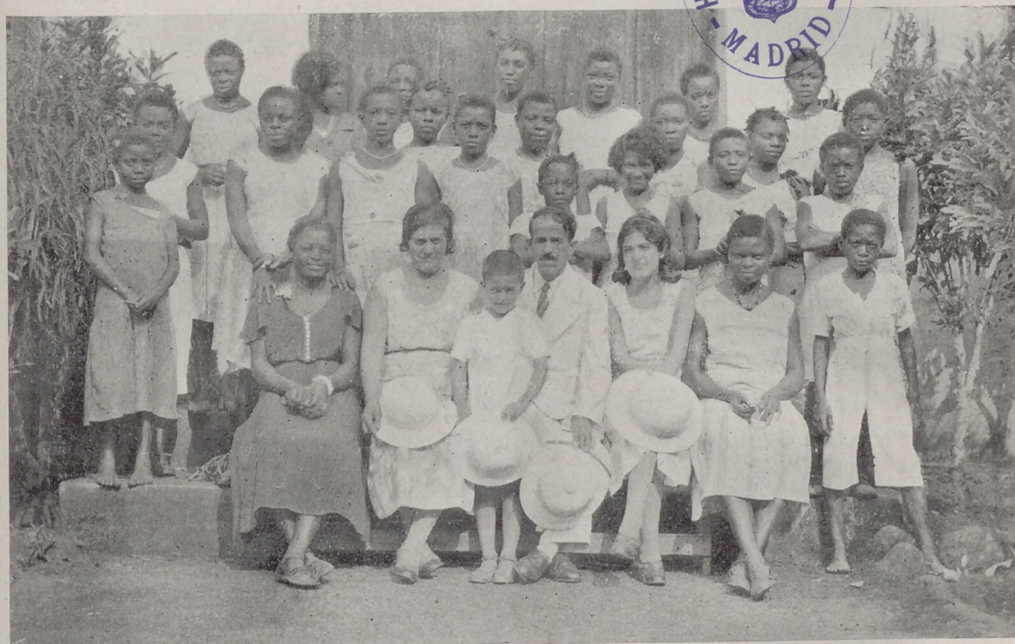


EL AMIGO DE LA INFANCIA

Año LXI

Madrid, 20 de mayo de 1934

Número 20



DE FERNANDO POO

Amiguitos míos: ¿Os gusta ver este grupo de niñas negritas? ¿Verdad que son guapas? Son vuestras compañeras de AMIGO DE LA INFANCIA en esta lejana islita. Sus nombres cristianos son también bonitos: Victoria, Elfrida, Drusila, Elena, Emilia, Mariana, Magdalena, Gertrudis, etc. Algunas son muy oscuras de color; otras, más blancas. Hay también en el grupo dos mulatitas, cuyo pelo es más largo que el de las otras. No les gusta que se las llame negras, sino "morenas", y su afán es vol-

verse blancas, empleando mucho los polvos, que se dan a puñados. Unas son de Fernando Póo, bubys y fernandinas, y otras de Kamerun, Nigeria, Continente Español y Corisco, y hablan infinidad de idiomas y dialectos: español, inglés, buby, bule, combe, duala y, sobre todo, la jerga "broken english", especie de esperanto común, y necesario a la variedad de razas y tribus. Muchas perdieron sus padres, porque en estos países, tan calurosos e insanos, la vida es muy corta, y los niños sufren mucho sin

el amor de sus mamás, y también hay madres que no los quieren tanto como a vosotros las vuestras, y muchos mueren pequeños, agotados por las fiebres, tuberculosis, mala sangre y llagas. ¡Qué gracias tenéis que dar a Dios por haber nacido en España, país tan hermoso! ¡Qué buenas son vuestras madres! ¡Da tanta pena verles sufrir, sin medicinas, sin médico, sin buenos alimentos! Dos cosas faltan en este país: flores y niños.

Este grupito de niñas son felices; tienen padres o protectores y maestros. Tienen buena escuela y cuartos para dormir. Van limpietas y bien vestidas. Hacen sus obligaciones, limpian, lavan, planchan, cosen, bordan, haciendo incluso encajes de bolillos. Las labores de costura se venden muy bien en una fiesta-bazar anual.

Les gusta sobremedida la danza, lenta y monótona, en las noches de luna, al son de un primitivo tambor, hecho con un tronco de hueco y una piel, llamado "tumba"; a sus golpes se animan y cantan y bailan horas y horas sin desmayar. Estas niñas se bañan tres o más veces al día en el río o en el mar y les agrada chapotear y revolcarse en los fuertes aguaceros. Algunos podéis ver con diminutos moñitos; hasta cincuenta he contado, formando dibujos curiosos, y haciéndoselos con suma ligereza.

Pero no creáis que siempre son buenas niñas: cuando tienen "palabra" (regañar) hacen "boca grande" (burlarse), hablan y hablan, sacando al sol sus trapitos su-

cios, aunque raramente se pegan; porque, para ellos, la lengua causa más daño que el cachete o arañazo, y hay que poner paz con unos castigos. También, porque no saben apreciar el dinero y el tiempo, es difícil enseñarles a que cuiden sus prendas y hagan sus deberes a tiempo, como el que no tiren las cosas al suelo y coman bien en sus mesas.

No son nada egoístas; se reparten amigablemente la comida y obsequios y se ceden mutuamente los vestidos. No mienten, ni roban, y casi carecen de juegos infantiles. Gastan el espejo más que las blancas, para ponerse guapas (ñangas), empleando polvos y mejunges para los ojos.

Así son, amiguitos, vuestras compañeras morenas, que os saludan y ofrecen su cariño. ¡Qué lástima que los cristianos españoles no hacen casi nada en su favor! Entre muchas de estas tribus aún existe la compra y venta de jóvenes y mujeres en el precio de un borriquillo en España, con precio máximo de ochenta duros. No muchos días ha presencié la venta en cuarenta duros de la esposa, por el marido; pero no el niño, que aún inocente, buscaba alimento en el pecho que le robaban.

Los niños dichosos de España, lectores de AMIGO DE LA INFANCIA, ¿no tendréis una colecta especial anual para las negritas Sara, Nenita, Justina, Clara, etc., etc.?

Así sea, y Dios os lo pague. Vuestro

VÍCTOR APELLANIZ

Botenós, 18-II-34.

UN HEROE

(Historia verídica)

“¿Quieres, o no quieres?”

¡Un profundo silencio! ¡Y la noche era tan oscura! El pequeño Antonio temblaba en su cuarto, en una miserable buhardilla. “¡Vente!”, sonaba de nuevo una voz amenazadora. El pequeño se estremeció cada vez más. Su cuerpo débil se doblaba como si tuviera un ataque. Si no seguía al llamamiento le esperaba una paliza como jamás la había recibido, y eso que estaba acostumbrado a que le pegase su padre, que era un borracho. Un miedo mortal se apoderó de él. Sin moverse, apretaba una mano contra la otra, tanto que las uñas se le clavaban en la carne. No se veía ni una estrella en el cielo. De repente la luna separó las oscuras nubes. Como el ojo bondadoso de un padre miraba al pequeño Antonio.

¡Otra vez! ¡Un silbido! Era la expresión de rabia. Gaspar, el mozalbete, allá fuera, disponía de toda una escala de silbidos. Antonio conocía todos los timbres de su voz, que eran un fiel reflejo de su estado. Se apoyó, medio desvanecido, contra los hierros de la cama.

“No, no voy”, dijo con voz alta, como si quisiera fortalecerse con sus propias palabras. Luego se metió en su miserable cama, se tapó hasta la cabeza con la manta y lloró silenciosamente. Pasos furiosos se oían alejarse.

“¡Dios mío, ayúdame!”, oró el pobre Antonio en su soledad. Luego perdió el conocimiento y se durmió.

La mañana siguiente estaba el maestro pálido y muy excitado en su pupitre en la clase. No sabía cómo expresarse. Por fin salieron de sus labios, con voz ronca, las siguientes palabras: “Esta noche ha habido un robo en casa del joyero Rodríguez,

en la calle Mayor. ¡Han cogido a los ladrones!”

El pequeño Antonio, pálido, se estremeció y la mirada del maestro parecía penetrarle hasta lo más íntimo. Manchas negras bailan delante de sus ojos. El silbido, el terrible silbido de Gaspar le sonaba en el oído. Había sido la señal para obligarle a meterse por la reja de la cueva—como era delgado como un palo—y abrir una puerta con una ganzúa y alcanzar las monedas de oro y de plata que allí se guardaban, al granuja que esperaba fuera. ¿Quién lo había hecho en su lugar? Un sudor frío le salió a la frente. ¿Qué le había prometido Gaspar si él hubiera hecho esta fechoría? Comida en abundancia—él siempre tenía hambre—, o puntapiés, como se les da a los perros.

Y su alma había luchado de miedo, su pobre, débil, alma infantil. ¿Pasar hambre o hacer mal?

“Ha sido Gaspar—dijo el maestro, conmovido—, de la clase sexta, y Pedro, de la nuestra.”

Horror y miedo se apoderó de todos en la clase. El corazón de Antonio palpaba con fuerza; perdió el conocimiento. Le parecía ver delante de sí una figura blanca. Es bella y reluciente y se sonríe. Abraza al pobre Antonio. ¿Será su madre, que está en la gloria? El también se sonríe; ahora ya no tiene miedo. Luego ya no se da cuenta de nada.

Le llevan al patio; le desnudan. Un pobre cuerpo infantil, lleno de heridas y señales de golpes, completamente desfigurado, se presenta delante de ellos. Una profunda compasión se refleja en la cara del profesor. El sabe que el padre de Antonio es un desgraciado borracho, que pega, en su delirio, sin saber cómo ni dónde; per-

no se había figurado que fuesen tan terribles los sufrimientos del niño. Procura hacerle volver en sí. Por fin, Antonio se despierta.

“¡Yo no he sido, señor maestro!”, parece que esta voz infantil le implora. El maestro sospecha lo que pasó y que el valiente chico se ha defendido contra un brutal tentador. Un respeto profundo hacia el pálido niño se apodera del maestro, y, muy

emocionado, le contesta: “¡No; tú no, hijo mío!”

Le coge en brazos y le hace tomar un poquito de vino.

“Ya cuidaremos de ti. ¡Te has portado como un héroe, Antoñito!” Y el maestro ha cumplido con su palabra, y ha procurado que recogieran al pobre niño en una familia buena; así Antonio encontró una madre cariñosa y un dulce hogar.

El milagro de la dialéctica

De vuelta a su hogar, cierto joven estudiante, muy atiborrado de doctrina y con el entendimiento más aguzado que punta de lezna, quiso lucirse mientras almorzaba con su padre y su madre. De un par de huevos pasados por agua que había en un plato escondió uno con ligereza. Luego preguntó al padre?

—¿Cuántos huevos hay en el plato?

—Uno—contestó el padre.

El estudiante puso en el plato el otro que tenía en la mano, diciendo:

—¿Y ahora, cuántos hay?

—Dos—replicó el padre.

—Pues, entonces—dijo el estudiante—, dos que ahora hay y uno que había antes,

suman tres. Luego son tres los huevos que hay en el plato.

El padre se maravilló mucho del saber de su hijo; se quedó atortolado y no atinó a desenredarse del sofisma. El sentido de la vista le persuadía de que allí no había más que dos huevos; pero la dialéctica especulativa y profunda le inclinaba a afirmar que había tres.

La madre decidió, al fin, la cuestión prácticamente. Puso un huevo en el plato de su marido para que se lo comiera, tomó otro huevo para ella, y dijo a su sabio vástago:

—El tercero cómetelo tú.

JUAN VALERA

PROVERBIOS RUSOS

“Mide la tela diez veces, porque sólo una vez podrás cortarla.” (Aconseja pensar mucho de antemano en lo que, una vez hecho, no puede ser corregido.)

* * *

“Quien teme a un gorrión nunca sembrará trigo.” (No hará nada el que se detiene ante dificultades insignificantes.)

* * *

“Mil amigos son poco; un enemigo es mucho.”

* * *

“Tonto es el ratón que no tiene más que un agujero.” (Conviene ser previsor y contar con más de un recurso para salvarse de un trance difícil.)

* * *

“La lengua del sensato está en su corazón; la lengua del tonto está en su boca.”

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60 - Madrid.